

Antonia Eiríz

(La Habana, 1929 - Miami 1995)

«Mis compañeras», 1963

Óleo sobre tela, 119.5 x 134.5 cm

Por **Josefina de la Maza**

Investigadora CIAH, Universidad Mayor

Como si fuese una toma fotográfica que recoge encuentros memorables familiares o de amistad, «**Mis compañeras**», la pintura de **Antonia Eiríz**, presenta a tres mujeres. El encuadre elegido por la artista no exhibe sus cuerpos, la atención está puesta en sus rostros. Estamos ante un primer plano extremadamente cerrado, sus torsos están juntos, apretados, no circula espacio entre ellos y dan la impresión de estar a punto de exceder los límites de la tela. Lo que más llama la atención, sin embargo, son los rostros de estas mujeres: deformes, monstruosos, cadavéricos. Dos de ellas son calvas y una parece una calavera parcialmente desdibujada. Las otras dos tienen verrugas, narices contrahechas y bocas que parecen albergar algo más que lenguas y dientes. Una de ellas, la de la izquierda, es bizca. Y pareciera que los ojos de la mujer que se encuentra en el centro están a punto de salirse de sus cuencas debido a la intensidad con la que mira a su compañera.

La de Eiríz no es, como es posible observar, una representación realista o mimética. Si bien se mantiene anclada en la figuración, la borrona a partir de la expresión. Tanto la fuerza y la expresividad de su trazo, como el uso de una paleta que tiende a la disonancia y a privilegiar colores oscuros, son aspectos característicos de su obra. Son, de hecho, dos de los principales rasgos que distinguen su producción pictórica. Eiríz estudió arte en Cuba en la década de los cincuenta y estuvo desde temprano vinculada a la órbita del grupo de artistas Los Once, cuya sensibilidad estaba en sintonía con el Expresionismo Abstracto norteamericano.

Los años de consolidación pictórica de Eiríz coinciden con el triunfo de la revolución cubana en 1959. Su desarrollo artístico estuvo, como es posible imaginar, permeado por el devenir político de la revolución. La curadora Carrie Przybilla ha comentado, al respecto: “Las pinturas de Eiríz de los 1960s a menudo señalaban el exceso de demagogia y (a pesar de sus negativas) fueron tomados como críticas al gobierno cubano. Estos trabajos nunca fueron censurados oficialmente, pero la crítica que recibieron fue la causa de que Eiríz dejara de pintar y exhibir por más de 20 años” (www.aeiriz.com). La artista dejó efectivamente de pintar en 1968. «Mis compañeras» es de unos años antes, de 1963, cuando la artista todavía estaba negociando simbólicamente entre su pintura, a nivel de forma y contenido, y su compromiso político —en un contexto en el que se le pedía a la obra un vínculo estrecho con la revolución.

En «Mis compañeras», Eiríz representa a “sus” compañeras de revolución y lucha —el pronombre posesivo “mis” en el título, así lo indica. Si bien el nombre de la obra nos invita a imaginar a mujeres fuertes, enérgicas, guerreras, virtuosas y activas políticamente, estableciendo una correlación entre la apariencia física y las cualidades y virtudes que la revolución probablemente estimaba conveniente estimular en el pueblo cubano, las compañeras de Eiríz son todo lo contrario. Más que representar alegóricamente a las virtudes asociadas a la revolución, estas tres mujeres parecen encarnar sus vicios. Pueden,

tal vez, evidenciar lo que queda oculto tras la retórica del discurso político o sus puntos ciegos. Son el reverso del deseo de hacer carne, de corporalizar y encarnar la revolución. Eso no significa que la artista haya estado en contra del proceso revolucionario. Eiríz, de hecho, estuvo estrechamente asociada a la enseñanza del arte en contextos formales e informales en Cuba a lo largo de su carrera. Si volvemos al comentario de Przybilla, la artista tomaba distancia de la demagogia y la instrumentalización del arte. Tanto «Mis compañeras» como la gran mayoría de la obra que produjo en esos años son trabajos que, arraigados en el Expresionismo y la gestualidad, es decir, en un cierto tipo de neofiguración, mantienen una independencia que los vuelve críticos al sistema apelando a la libertad del arte. Vista hoy, «Mis compañeras» es un recordatorio no sólo de los peligros de la demagogia; también, y desde otro punto de vista, es un recordatorio de los pasos en falso que podemos dar al intentar idealizar una sociedad. Nos recuerda que un espacio social se contruye a partir de la complejidad y la diversidad. 📖



Museo Nacional de Bellas Artes de Cuba, colección arte contemporáneo (1960-1970). www.bellasartes.co.cu

Vista hoy, esta obra es un recordatorio no sólo de los peligros de la demagogia; también, y desde otro punto de vista, es un recordatorio de los pasos en falso que podemos dar al intentar idealizar una sociedad.